

## LA FAMILIA DE RATONES

### (Cuento Infantil)

Había una vez una familia de ratones que estaba compuesta por una mamá ratona, un papá ratón y dos pequeñuelos muy juguetones que vivían felices en una pequeña cueva que había debajo del piso de la cocina de una casa de humanos.

En la casa vivían un niño llamado Andrés, su mamá y su papá y nunca habían visto a los ratones porque éstos se escondían cuando veían acercarse a las personas, además eran muy rápidos.

Todas las noches salía el papá ratón a buscar comida para su familia y todos quedaban muy preocupados porque el extremo de la cueva que daba hacia el patio de la casa, permanecía siempre vigilado por un gato muy travieso, que no era malo, pero que para jugar no era muy suave que digamos. Por esta razón cada vez que papá ratón volvía, la mamá y los ratoncitos se ponían muy contentos de verlo sano y salvo... y con comida.

Algunas veces cuando no encontraba nada que comer afuera de la casa, tenía que entrar a la cocina de la casa buscando algo para llevar a su familia. Esto también era peligroso porque a veces Andrés se levantaba en la noche a tomar agua o el papá de Andrés iba a la cocina con la disculpa de revisar el cierre de la puerta y las ventanas, aprovechando de picotear algo del refrigerador. Cualquiera podía sorprender al papá ratón si no tenía cuidado.

Una noche, encontrándose dentro de la cocina y cargado con comida, fue sorprendido por la mamá de Andrés que se levantó descalza, sin hacer ruido y que al encender la luz lo vio correr a esconderse debajo de un mueble. El grito de pánico que dio la mamá despertó a todos que llegaron corriendo a la cocina donde,

aprovechando la oportunidad, el papá les contó lo peligroso que es para los humanos el contacto con los ratones porque éstos tienen unos “bichitos” o virus muy pequeños, como todos los virus, que si les llegan a la gente les producen enfermedades muy graves que pueden hasta morirse, aunque a los ratones no les produce nada. Les dijo también que no hay que dejar comida en el suelo o en el velador, ni debajo de la cama o detrás de los muebles. Menos aún, dulces o chocolates porque los ratones les toman el olor desde lejos y llegan a morderlos dejándolos así, contaminados.

Ahora entendió Andrés porque debía ser limpio y no dejar comida botada por ahí. El papá dijo también que había que echar a los ratones de la casa definitivamente.

El grito que dio la mamá de Andrés, también lo escuchó la mamá ratona quedando muy asustada porque pensó que habían pillado al papá ratón y lo habían matado. Los pequeños asustados, también se pusieron a llorar y no podían imaginarse no ver nunca más a su papito.

Cuando estaban los tres llorando, apareció papá ratón muy asustado pero vivo y sin heridas que lamentar. Todos cambiaron el llanto por risa y corrieron a abrazarlo mientras el les iba contando todo lo que había ocurrido y cómo había salido corriendo, resbalándose en las baldosas y lo que había alcanzado a escuchar que harían una campaña para correrlos de la casa por los peligros que decían que ellos acarreaban. Esa noche fue de hambre y tristeza, debían buscar donde irse a vivir.

Después de dos días sin comer, papá ratón estaba obligado a arriesgarse nuevamente a entrar a la casa a buscar comida. Entró a la cocina y no encontró nada, recorrió otras piezas y nada, todo estaba reluciente de limpio y la comida guardada en el refrigerador y en recipientes con tapa...esos terribles plásticos tan difíciles de roer. Cuando hacía el camino de vuelta, triste y derrotado, pasó por detrás de la cocina a

gas, vio que en la manguera del gas había una gran chorreadura de mermelada reseca que nadie había visto. No pudiendo resistir la tentación, comenzó a roer la manguera para despegar la mermelada pero con tan mala suerte que ésta se rompió y salió un chorro de gas que lo bañó por completo. A duras penas salió de la cocina, tambaleándose y muy mareado y con un fuerte dolor de cabeza, arrastrándose cayó sin sentido, medio moribundo, en el patio trasero de la casa.

Al sentir el olor a gas, el papa de Andrés corrió a la cocina y rápidamente cerró la llave de paso de la manguera que se había quedado abierta y vio la mordedura de ratón, prometiéndose que al día siguiente pondría las trampas para ratones.

Apenas el papa ratón salió al patio don Gato corrió hacia él y comenzó a darle manotazos y rasguños para jugar un rato antes de comérselo. Desilusionado porque el ratón no se movía, se preparó para darle un mordisco. abrió el hocico, se acercó y....¡aaagt!, que olor...¡cómo huele mal esta presa...!, -dijo- y se alejó dejándolo tirado como muerto en el medio del patio.

En la cueva la mamá ratona y los dos ratoncitos esperaron a papá toda la noche y cuando vieron salir el sol perdieron todas las esperanzas que éste volviera. “Oh, no, no- decía la ratoncita- a papá lo pillaron y lo mataron o se lo mató el gato que duerme con la guatita al sol satisfecho...” Comenzó a sollozar suavemente al principio junto con los ratoncitos y luego lloraron todos juntos y desconsoladamente por horas pensando lo terrible que es no ver más a papá...nunca más. Uno de ellos de pronto dejó de llorar y dijo entre sollozos: “cuando papá se fue..snif!, yo estaba...snif! durmiendo y...snif!, no me despedí de eeeel..¡Buaaaa!” y comenzaron todos a llorar de nuevo. Lloraron tanto que el hambre, el sueño y el cansancio los venció a los tres.

A mediodía mamá despertó recordando y repasando todo lo ocurrido y lo último conversado con papá quién les había dicho que los echarían de la casa. Se mojó la

punta del hocico y los bigotes con un poquito de agua para despejarse y comenzó a pensar en voz alta:

“ A ver, a ver, el dueño de casa no está porque está trabajando, Andrés está en el colegio y su mamá tampoco está porque a esta hora va de compras. El gato aún duerme....Ahora es el momento”

Despertó rápidamente a los pequeños, cada uno hizo su mochila y salieron con sus camitas al lomo dejando su casa-escondite-cuevita donde los ratoncitos habían nacido y se dirigieron a una pieza donde Andrés guardaba todos sus cachureos. Se metieron por una rendija del piso, pasaron un pequeño túnel y se escondieron debajo de las tablas del piso. Después de descansar un rato allí, la ratoncita dejó a sus hijitos escondidos y ella se fue derecho por el túnel recién descubierto, a buscar algo para comer. Siguió y siguió por el laberinto hasta encontrar luz nuevamente en una abertura sobre su cabeza que correspondía a una bodega en el patio de la casa vecina. La bodega se encontraba, al parecer, abandonada ya que habían muchas telarañas y se notaba que hacía tiempo que nadie entraba allí. La recorrió entera y con mucha alegría y sorpresa tropieza con varios sacos llenos con cereales, maíz, trigo y porotos como para alimentar un regimiento por un año entero.

“Llevaré unos pocos granitos para mis pequeños y nos trasladaremos a vivir aquí”- penso la ratoncita- Y poniéndose rápidamente en movimiento, volvió por el pasadizo hasta el lugar donde la esperaban muy calladitos y hambrientos. Todos comieron contentos hasta que el más pequeñito preguntó por el papá que no llegaba y terminaron llorando nuevamente todos abrazados. Después que se calmaron, se fueron uno tras otro por el túnel hasta el nuevo hogar. Allí hicieron sus camas, rezaron antes de acostarse y cuando todo estuvo en silencio sintieron unos rasguños

aterradores cerca de la entrada. “¡El gato!- grito la mamá- ¡Quiere entrar el gato!.

Vengan hijos míos...” Los abrazó y se dispusieron a esperar lo peor.

De pronto por la rendija de entrada se asoma algo peludo como una mano de gato...pero no, no es la garra del gato...” ¡Es papá – gritaron al unísono- ¡papá esta vivo!, no se lo comió el gato ni lo atraparon en la casa” – decía mamá. Después de abrazar a todos, secarse unos lagrimones papá le narró la experiencia vivida con el gas, la mordida de la manguera, el olor asqueroso, los arañazos del gato jugando con él y la pérdida de conciencia en el patio. Cuando recuperó el conocimiento, se arrastró a tomar agua y se escondió en un pequeño agujero donde el gato no pudo encontrarlo de nuevo y donde pudo recuperar fuerzas para comenzar a seguirle la pista a su familia.

Limpiaron las heridas y rasguños, lo vendaron mientras mamá le contaba lo que habían hecho durante el día y cómo habían encontrado ese escondite y toda la comida que había en él, que alcanzaba para mucho tiempo y sin seres humanos cerca...”ni gato” – agregó el papá.

Así, toda la familia ratona vivió el resto de sus vidas en ese lugar, sin ser molestados, sin humanos cerca y con comida que serviría además para ir gastando esos dientes roedores que ya comenzaban a aparecer en sus pequeños hijitos y que necesitaban ser gastados frecuentemente para poder crecer y desarrollarse sanos.

FIN